



mediodía

r e v i s t a d e s e v i l l a

X

**Rafael Laffón : Sebastia
Gasch : José M.^a Quiroga
Plá : A. Núñez C. de He-
rrera : Rafael Alberti :
Alberto Fernández Ba-
llesteros : J. Rodríguez
Cánovas : Alejandro Co-
llantes de Terán : José
M.^a Hinojosa : R. Porlan
y Merlo : Salvador Dalí**

M E D I O D Í A

PUBLICACIÓN MENSUAL DE LITERATURA

DIRECTOR: *EDUARDO LLOSENT Y MARAÑÓN*

SECRETARIO: *RAFAEL PORLAN Y MERLO*

ADMINISTRADOR: *A. COLLANTES DE TERAN*

REDACTOR-JEFE: *J. ROMERO Y MURUBE*

DIRECCIÓN: *SAN VICENTE, 22*

ADMINISTRACIÓN: *ESCUDEROS, 3*

S E V I L L A

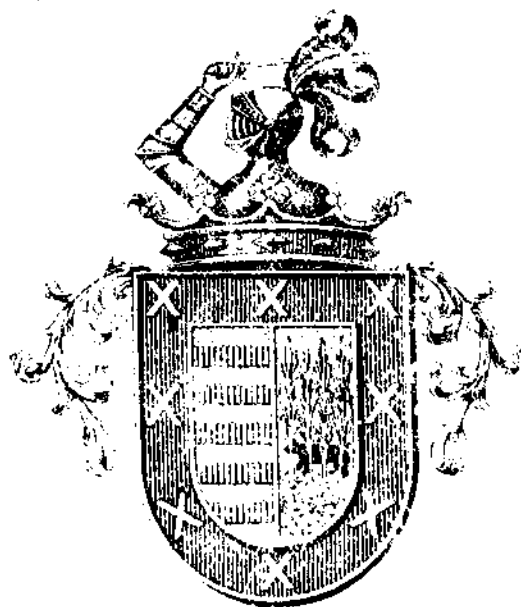
Amontillado ABOLENGO

Oloroso SAN HILARIO

Fino CANDIDO

Coñac CREADOR

Anís PEÑASCARÓ



MARQUES DEL MÉRITO

JEREZ DE LA FRONTERA



LA LLAVE

Barrio, Marquez y C.^a

ALMACEN DE FERRETERIA Y QUINCALLA
POR MAYOR Y MENOR

Utensilios de cocina --:-- Artículos sanitarios

Herramientas

para toda clase de artes e industrias

~ Fraguas --:-- Máquinas de taladrar ~

Correas y Poleas de transmisión

FEDERICO DE CASTRO (antes Cuna) 45, 47, 51 53 y 55

TELÉFONO 386.—SEVILLA

“BULGARIA”

SOCIEDAD DE SEGUROS

PUERTA DEL SOL, 14

MADRID

AGENCIA EN SEVILLA

Brito y Llácer

HERNÁN CORTÉS, 2

**Doctor Antonio Leal,
Castaño**

CIRUGÍA GENERAL
Y NIÑOS

JOAQUÍN COSTA, 38.—SEVILLA

DR. AGUSTÍN SÁNCHEZ CID

ESPECIALISTA

EN ENFERMEDADES DE
GARGANTA NARIZ Y OIDOS

JESÚS DEL GRAN PODER, 39.—SEVILLA

Carbonell y C.^a, S. en C.

SEVILLA

Maderas

Aceites

Aceitunas

Cereales

Vinos de Montilla

Oficinas: HERNANDO COLÓN núm. 34

NOTICIA DE REVISTAS

- REVISTA DE OCCIDENTE. Madrid. Número 60.—Benjamín Jarnés, Federico García Lorca, Bolk, Rosa Chacel, Bruno Barilli, José María Quiroga Plá, Juan Chabás, E. Giménez Caballero, Francisco Ayala.
- PAPEL DE ALELUYAS. Sevilla. Número 5.—Gerardo Diego, Jorge Guillén, Fernando Villalón, E. Giménez Caballero, Luis Cernuda, Adriano del Valle, Benjamín Jarnés, Alejandro Cailantes de Terán. Reproducciones de Maruja Mallo.
- GALLO. Granada. Número 1.—Federico García Lorca, Jorge Guillén, Melchor Fernández Almagro, José Bergamín, Salvador Dalí, M. López Banús, Enrique Gómez Arboleya.
- CARMEN. Gijón. Número 2.—Juan Larrea, Pedro Salinas, Federico García Lorca, José Bergamín, Luis Álvarez Piñer, Fernando Villalón, Gerardo Diego.
- VERSO Y PROSA. Murcia. Número 10.—Luis Góngora, Gerardo Diego, Fernando Allué, Vicente Aleixandre, Juan Sierra, Carmen Conde, Miguel Pérez Ferrero, José María de Cossío, Jorge Gillén, R. Porlán y Merlo, Max Aub, Carlos Capdevilla, Sebastián Gasch, Dibujos de Garay, Bonafé, Vicente y Pedro Flores.
- MESETA. Valladolid. Número 2.—E. Giménez Caballero, Rafael Alberti, Adriano del Valle, F. Jiménez de San-
doval, José María Vela de la Huerta, Fernando Villalón, Luis Cernuda, José María de Cossío, A. Torre Ruiz,
Luciano de la Calzada, Rogelio Buendía.
- PARABOLA. Burgos. Cuaderno Segundo.—José María Alfaro, Fernando Allué, Enrique de Mendoza, Roberto
Escribano, Rafael Ferrer, E. Giménez Caballero, Benjamín Jarnés, M. Méndez, Jaime Prada, Francisco Vighi.
- REVISTA D'OLOT. Olot. Número 26.—E. Paluzie Cantalozella, María Perpinyá, Joaquín Ciervo, Octavi Sal-
tor, Barnades.
- THE DIAL Nueva York. Febrero 1928.—Joseph Auslander, Stewart Mitchell, Hart Crane, Paul Morand, Pa-
draic Colum, Sioyan Christowc. Dibujos de Maillol y Dehn.
- COMMERCE. París. Número 13.—Nietzsche, Paul Valéry, León Paul Fargue, Valéry Larbaud, André Breton,
Georges Neveu, Benjamín Péret, Liam O' Flaerthy.
- LA NOUVELLE REVUE FRANCAISE. París. Número. 174.—Jacques Riviere, André Malraux, Pierre Jean
Jouve, Jacques de Lacretelle, Franz Kafka, Isadora Duncan.

COLEGIO

DE

San Francisco de Paula

Estudios de 1.^a y 2.^a Enseñanza,

Comercio, &c.

Alcázares núm. 15

SEVILLA

LIBROS NUEVOS

José Bergamín: Enemigo que haye.

Pío Buroju: Las Mascaradas Sangrientas.

Karl Heberlin: Fundamentos del Psicoanálisis.

Guillermo Worringer: El Arte Egipcio.

Enrique Poulailler: Charlot. ~ Ivan Byarne:

La Mancebia de Madame Otílof.

Ramón M.^a Tenreiro: La Esclava del Señor.

*Schopenhauer: El Mundo como Voluntad
y Representación.*

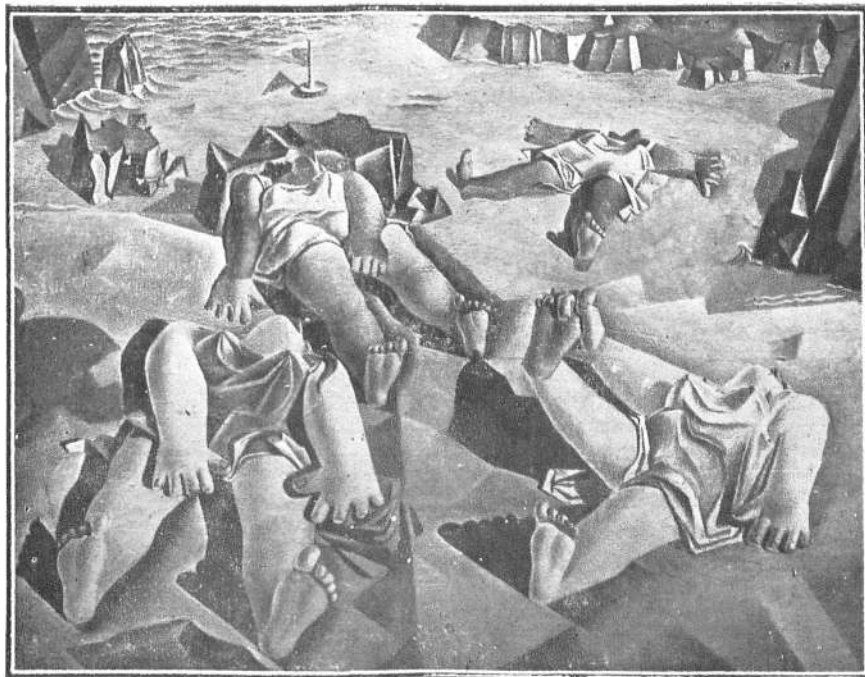
Obras completas de Cervantes en 1 tomo.

Ediciones M. Aguilar. Madrid.

Librería de Lorenzo Blanco

VILLEGAS núm. 5 (Plaza del Salvador)

~ SEVILLA ~



Oleo de Salvador Dalí.

Gravedad y campana

§ 1

La he encontrado hacia arriba
danzando ya sobre el primer peldaño
de la fauna celeste;
la bailarina de una pierna sola.

Y estilizó la danza
en pierna de absoluto
y unidad de plumadas de su música.

...Danzar para las horas
¿o prácticas, más bien, de fútbol de astros?

Mas de pronto, mareada,
en tus marañas de aires y de voces,
te pierdes—y me pierdo—,
en un gran salto de aguas de retina.

(¡Ay voluntad suspensa!
¡Ay locura de anhelos espirales!)

§ 2

Vuelve en ti, queda en tí,
razón de gravedad para tu altura
que pelagra en ventanas avizoras...

Poderosa de inmóvil,
de fuerzas condensada,
ahora y siempre te pienso así: esa flecha
—sumergida, apremiante—,
Madre de Dios de fuerza de los arcos.

Rafael Laffón.

Salvador Dalí

¡Cuidado con la música que ha de ser escuchada con las manos en la cara!—exclama Jean Cocteau desde las páginas de *Le coq et l'arlequin*, aquella maravillosa *plaque* que fija de manera magistral las principales intenciones de la música moderna.

¡Cuidado, también, sobre todo—nos atrevemos a añadir—con la pintura que debe ser contemplada de lejos!

Monet en Francia, Turner en Inglaterra, Mir en España: He aquí la pintura que es preciso mirar alejándose.

Salvador Dalí: He aquí la perfecta antítesis de la pintura susodicha.

* * *

El esfuerzo colectivo del cubismo, apareciendo en una época que presenciaba el triunfo absoluto del más profundo individualismo, fué saludado por algunos—Louis Vauxcelles, el primero—como el indeseable retorno de la Escuela. Eso permitió a André Salmón su famosa frase de 1920: *L'on se croyait à l'Ecole et l'on sort du Gymnase*.

El cubismo, en efecto, es un ejercicio, un entrenamiento, una especie de gimnasia.

Los cotidianos movimientos del atleta, podrán parecer inarmónicos a muchos. Lo grotesco de la sueca, sin embargo, permite al deportista el logro de sus *performances* de definitiva armonía, y la realización de los *records* olímpicos de belleza inenarrable.

Así del cubismo. El aspecto aparentemente caótico de las telas cubistas podrá desagradar al espectador profano. Por la gimnasia del cubismo, sin embargo, por el

severo ejercicio de coordinación de volúmenes, de conjugación de líneas, de ordenación de masas y de equilibrio de planos, Picasso ha logrado la clásica serenidad de sus figuras post-cubistas, y la alta ordenación de los dibujos editados por *Les quatre chemins*, los dibujos definitivos en los cuales todo se halla sometido inflexiblemente a un ritmo sabiamente establecido, en los cuales todos los movimientos de las bañistas, de los cuerpos dobladizos de mujeres jóvenes, de los lánguidos personajes de *ballet*, obedecen al mandato imperativo de una composición exactamente reguladora.

Por la gimnasia del cubismo, aún, Georges Braque ha logrado la clara perfección de sus últimas telas expuestas, hace un año, *chez Paul Rosenberg*; aquellas obras suntuosas que eran la conciliación de dos cosas aparentemente irreconciliables: la rica materia coloreada de los Venecianos y la árida geometría abstracta de Juan Gris; aquellas obras fastuosas que fueron recibidas por Henri Hertz con la alegre salutación de *Georges Braque ou le retour des apparences*.

Y, finalmente, por la gimnasia de cubismo, por la severa austeridad de *La Venus y el marinero*, Salvador Dalí ha logrado la euritmia decisiva de su redivivo clasicismo actual.

«Un gran pintor no tiene el derecho de empalmar con la tradición, hasta haber atravesado la evolución», ha dicho, siempre exacto, el prestigioso Elie Faure.

* * *

Cómodamente instalados en un confortable sillón de cuero Maples, conversábamos cordialmente con un querido amigo, que une a una clarividencia comercial muy remarcable, una sólida cultura y un gusto refinado.

Nuestro amigo acababa de llegar de un largo viaje por lejanas tierras, y era la primera visita que le hacíamos después de su ausencia prolongada.

Pasadas las primeras efusiones, extinguidos los chorros de preguntas que se entrecruzan, encendidos ya los aromáticos habanos, el amigo querido, sabedor de nuestras preferencias por el jazz-band, nos da a escoger varias placas de gramófono, recién adquiridas en el extranjero. Sin vacilación escogemos algunas de la *Syncopated Orchestra*, aquella famosa orquesta de negros que promovió tanta expectación al presentarse en 1925 en el teatro parisino de los Campos Eliseos.

American Southern Syncopated Orchestra.

Hay las quejas turbadoras del saxofón, trágicamente escalofrantes como la sirena del buque en día de niebla. Hay las sonoridades metálicas del banjo. Hay el tambor y los platillos, el claxon y el cornbasson. Hay el estrépito de gritos, de risas y de interjecciones de los negros. Y, sobre todo, hay el RITMO, el RITMO, el RITMO, sin el cual la verdadera música no existe.

Ravel, tú que haces brumas; Debussy, tú que haces nieblas tan nieblas como las nieblas de Monet: ¡No sabéis nada de eso!

Satie y Poulenc, Honneger y Milhaud: ¡Ellos comprenden!

Syncopated Orchestra, que fué calificada de Palestrina redivivo: ¡ESTO ES MUSICA!

Desbravado el encanto de aquella música que se había apoderado violentamente de nuestros sentidos, de nuestra inteligencia y de nuestra sesibilidad, empezamos a examinar distraidamente las paredes de la habitación en que nos hallábamos. E inmediatamente nuestros ojos tropezaron con un cuadro de Salvador Dalí. Inmediatamente, también, aquella tela nos sugirió las mismas reflexiones y los mismos entusiasmos que nos había sugerido la orquesta negra.

El ritmo musical es una satisfacción para nuestros oídos. Así mismo, el ritmo pictórico—siempre presente en las telas de Dalí—es una satisfacción para nuestros ojos.

Por consiguiente, el ritmo o composición ordenadora de formas y colores, es absolutamente indispensable en toda obra pintada, ya que no debemos olvidar—aunque la fisiología de las sensaciones sea actualmente desconocida o menopreciada por la mayoría de pintores—que, en primer lugar, la pintura ha de interesar necesariamente a los ojos, que la pintura ha de conquistar previamente a los ojos, para poder satisfacer más tarde necesidades más elevadas; que los ojos son el vehículo conductor hacia sensaciones de más alta categoría.

Lucie Cousturier, la malograda apolo-gista del formidable Seurat, escribía las líneas que transcribimos a continuación, y que confirman plenamente nuestras manifestaciones: «Las relaciones de formas y de colores no son el fin del artista, sino el camino necesario de su pensamiento hacia nosotros: *las relaciones de Seurat son vías directas de la emoción del ojo a la emoción del corazón*».

Sebastiá Gasch.

Cinco sonetos a Sibila

1

Tu dedo en alto, huso diamantino,
Tuerce y enrolla el hilo de mi vida,
Y es en la abierta palma, resumida,
La rosa cardinal de mi destino.

Con la paloma y con la palma, un fino
Perfil fraterno ofrece si, tendida,
—Lunar ramo de almendro—a amor convi-
Que a su nevada concha haga camino. [da

Con cinco puntas de marmórea rosa
Geometriza esquemática la estrella
Que pone al coro de mis horas centro.

Caracola de amor, cuya voz glosa:
Mi verso, que su gracia toma de ella,
Cantando como un pájaro está dentro.

2

Oh blanco almendro en flor! en vano el
De la esperanza en tu ramaje espera ¡ave
Colgar el nido, en vano considera
Tus frescos brotes mi mirada grave.

No has de ser mía más que lo es la nave
Del ojo que la sigue en la ribera.
Las verdes hojas de tu primavera
No han de ceñir mi sien. Mi amor lo sabe.

Mas no podrás quitarle a mi deseo
Las alas, ni al ensueño que alimento
Mi vieja sed con aguas de tu noria;

Ni que, entallados como en camafeo,
Los rasgos de tu gracia adolescente
Sean clave de amor en mi memoria.

4

3

Cóncava de tu ausencia, cada hora
La muda playa de mi vida llena
De húmedas algas, vegetal melena
Que el sol de tu recuerdo entrenza y dora.

Orilla al mar, Sibila mía, ahora,
Con desnudo talón, en la morena
Costa, pisa tu pie, sobre la arena,
La espuma rosa y malva de la aurora.

A la tierra, a la mar, a los luceros,
Con firme puño impones tu albedrío,
Un haz de riendas preso en cada mano.

Y, a lomos de los vientos marineros,
Al Polo de tu amor el amor mío
Asesta el arco de su meridiano.

4

Si exánime, flexible simulacro
De tu mano que rige mi universo,
El guante espera—hambriento de tan sacro
Volúmen—, forma y vida.—Así mi verso.

Mi verso así, del soplo que traslada
A su secreta entraña el errabundo
Perfil y la alegría dilatada
Que mueve el vasto corazón del mundo.

Perfecta estrofa, el guante que encarcela
En ejemplar esquema tu más pura
Gracia; con dúctil piel, ceta y revela
El verso mi apetito de hermosura,

Y en rima el verso, en ademán el guante,
Engastan en su curva tu diamante.

Con el farol, alondra de la esquina,
El organillo vespéral soborna
Tu soledad en que mi voz patina
Y el párpado de amor velado entorna.

Dócil telegrafista, su mecánica
Ala inscribe su giro en tu regazo,
Traduciendo a tu oído el ansia adánica
Que fluye en la sangría de mi brazo.

Y si en tu corazón la manivela
De mi suspiro circular convoca
Tus balbuceos a la pasarela
Tendida de mis ojos a tu boca,

El mismo acorde enlaza—o ya resume—
Tu añoranza, mi sed y tu perfume.

José María Quiroga Plá.

Epílogo

A Juan Sierra.

Cuando hubo de parar, desvencijada, aquella máquina de divertirse giradora sobre cojinetes crugientes de risas y colorines, el borracho se encontró barrido con los tapones de botella y la rota cristalería en la puerta del cabaret. Se sorprendió allí, resucitado en la espuma de la noche, completamente nuevo, irrefragable y diáfano, en aquella particular circunstancia de avidez de los recién descompuestos que se llama en química «estado naciente». Por esto le pareció el amanecer, que iba esmerilando las vidrieras de la noche, especialmente predisposto para su «*Fiat lucem!*» interno: editor de aquel prospecto del Génesis leído con ojos filosóficos de jónico-mecánico.

En el primer día hizo Dios las pupilas organizadoras y la cenestesia cósmica de un borracho amanecido y decente.

Lo extraño era ver cuajada la ciudad, desempaquetada del caos, como un precipitado de la limonada del alba. Tiernas aun las arquitecturas amenazaban, con sus cartílagos inestables y sus vaivenes de flan, la

marcha del primer hombre, huido entre las conminaciones de las aceras y la embestida de las casas navegantes, que llevaban por mascarones de proa arcángeles de Orden Público.

Todavía el mundo jugaba a las cuatro esquinas por entre los cuatro elementos; y era todo aun turbio y borroso porque Dios no había terminado de enfocar la proyección de su película en siete jornadas.

Los tranvías, mónstruos inaugurales del espacio, llegaban con el tiempo descompuesto ensayando el toque para las horas futuras, cuando la vida se organizara según ritmo y fatalidad.

Las últimas estrellas le dolían al borracho como granos, como alfileres en la carne; le apretaban aquellas botonaduras de cristal y nácar y aquel cinturón de muselina de la Vía Láctea que habría que soltar para que la mañana se le ofreciera, Eva de su propia carne, desnuda y rubia.

Vibraba el mundo buscando segura posición y contrapunto, muy poco musical todavía, según la pauta de las primeras brisas. Pero se paró, rígido y cierto, de repente, pa-

ra empinarse sobre los faroles y las torres, cuando un gallo desde cualquier sitio eructó al cielo el triángulo isósceles de su kikirikí... El mar intranquilo de la calle, donde vertiera el cabaret teorías de aguardiente y manzanilla, comenzó a solidificarse; a convertirse en tierra firme al paso más seguro del hombre transportado, cuando menos lo esperaba, al Paraíso Terrenal.

Cada pregón mañanero ponía clavos y puntales de evidencia a todo lo movable y soñado que aun había por el mundo. Las golondrinas daban largas puntadas hilvanando descosidos urbanos y retales del pensamiento.

El sol sujetaba las perspectivas con jarcias y riostras y tensos vientos de sombra. Trazando en gráficos el estreno de la trigonometría. Cuando en el cielo apenas había un propósito fracasado de puntos suspensivos, en la tierra era la primera palabra.

¡Qué alegría encontrarse con el mundo petrificado, tenaz, seguro, cuando aun se le desmoronaban al recién nacido los teoremas del caos y la concupiscencia!

Si este regocijo le cantaba su aleluya fortalecida, le quedaba en su metempsícosis al transfigurado un resquemor de besos de tanguista y de café sin azúcar: una escarola de recuerdos, de pesares, de remordimientos estriados. En su paso y en su conciencia sobraba una maña primitiva, solera del último Blak-botton. Y la aurora que le sobrevenía por dentro y por fuera se le ruborizaba también en las mejillas.

Los centauros que llegaban de las huertas traían en sus serones los frutos y el saber del Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal; y se reían porque entendieran el abolengo de Adán y su mundo nacidos de una nebulosa de alcoholes y tabaco.

Le conocían el pasado hasta las ventanas de las casas que le guiñaban sus ojos de cristal.

Diablos y neptunos disfrazados de transeúntes le zaherían con aquel tridente que formaban las pupilas escandalizadas y el dedo índice. Y las miradas se quedaban allí, clavadas en él, como en un alfiletero propicio.

El primer hombre, que apenas había dejado de ser al concretarse, el último borracho, sufría acribillado de vergüenzas el martirio saetero, pasivo San Sebastián amarrado al naranjo de la aurora. Enemigos sagaces traspasaban sus flechas, su risa y su intención más allá de la actualidad y el traje. Y se sintió en medio de la calle descubierto, averiguado, desnudo bajo su vestido de castaño de indias.

En las líneas de fuerza de su campo magnético se le iban ensartando todos los animales del Paraíso.

Entonces comenzó a buscar una hoja de parra grande como un biombo.

Y agradeció con sonrisas el beneplácito de aquella claque de cigüeñas que desde lo alto de una espadaña aplaudía la honesta decisión del primer hombre.

Antonio Núñez C. de Herrera.

A Miss X, enterrada en el viento del Oeste

¡Ah, Miss X, Miss X: 20 años!

Blusas en las ventanas,
los peluqueros
lloran sin tu melena
—fuego rubio cortado—.

¡Ah Miss X, Miss X sin sombrero,
alba sin colorete,
sola,
tan libre,
tú,
en el viento!

No llevabas pendientes.

Las modistas, de blanco, en los balcones,
perdidas por el cielo.

—¡A ver!
¡Al fin!
¿Qué?
¡No!

Sólo era un pájaro.
no tú,
Miss X niña.

El barman, ¡oh, qué triste!

Cerveza.
Limonada.
Whisky.
Cocktail de ginebra.
Ha pintado de negro las botellas.
Y las banderas,
alegrías del bar,
de negro, a media asta.

¡Y el cielo sin girar tu radiograma!

Treinta barcos,
cuarenta hidroaviones
y un velero cargado de naranjas,
gritando por el mar y por las nubes.
Nada.

¡Ah, Miss X! ¿Adónde?

S. M. el Rey de tu país no come.
No duerme el Rey.
Fuma.
Se muere por la costa en automóvil.

Ministerios,
Bancos del oro,
Consulados,
Casinos,
Tiendas,
Parques,
cerrados.

Y, mientras, tú, en el viento
—¿te aprietan los zapatos?—,
Miss X, de los mares
— dí ¿te lastima el aire?—

¡Ah Miss X, Miss X, qué fastidio!
Bostezo.

Adiós...

—Good bye...

*(Ya nadie piensa en tí. Las mariposas
de acero,
con las alas tronchadas,
incendiando los aires,
fijas sobre las dalias
movibles de los vientos.*

*Sol electrocutado.
Luna carbonizada.
Temor al oso blanco del invierno.*

*Veda.
Prohibida la caza
marítima, celeste,
por orden del Gobierno.*

Ya nadie piensa en tí, Miss X niña.)

Rafael Alberti.

Máquinas

1

quimeras, nuevas sirenas,
se bailan un vals de giros;
en hilos tensos anillos
van al cielo derechos.

deletrear de compases
y un deslizar serenísimo,
patinadora en el borde
que corta el cielo a cuchillo

se persigue, no se alcanza,
siempre en el mismo camino,
la proyección va marcando
de vuelos en torbellinos.

vaivén de vaivén, vaivenes
en tenso y claro escondrijo;
de extremo a extremo la nube
se tiñe al sol de amarillo.

y 2

El a. b. c. de los ritmos
para futuros primores;
blanca la chispa trazando
geometría de colores.

nuevas insistencias trillan
galopes de los azares,
caminos de campo ausente
en terrenos circulares

tobogán brillo en la hola
rodar de rodar, la rueda
al corazón recordando
titiritero que sueña.

mece, mece, mece, mece,
mecida de maniobra,
tirabuzón enganchado
al aro que va en la sombra.

Alberto Fernández Ballesteros

Estampas de Isabel

A Alejandro Collantes de Terán.

El crepúsculo tuvo aquella tarde un alto valor significativo. El marchaba alegre. Había bebido a profundos sorbos, en la luz dorada, la grata inminencia del suceso: delicioso zumo jamás gustado, de sabor inédito, porque nunca el placer ni la felicidad se le anunciaron para instantes precisos, y ahora estaban ya tan a su justo alcance que sin esfuerzo se advertía centro de los dos.

Un raro fenómeno de serenidad y equilibrio, de recíproca inteligencia efusiva entre todas sus potencias vitales, se iba produciendo en él mientras caminaba; a su paso firme respondía el optimismo, que tocaba el tambor, infantilmente por los ocultos senderos de su alma.

Consecuencias mútuas, convergentes ecos, iban a unir sus rutas, desde aquellos horizontes tan diversos —espíritu, cuerpo— sobre esta pista de oscuro azul donde ahora el cielo, frente a las puertas de la noche, desdoblaba el pliego del mas dilecto telegrama: no con surco de letras, sino de luces, que le ponían ante la vista casi con gráfica precisión la silueta del rápido de las nueve, trayendo en fragoroso vértigo toda la hermosura del mundo hacia sus brazos.

¡Qué lenta la fluidez del tiempo! Deseando llenar cumplidamente en su forzosa espera todo el espacio que aun faltaba, había decidido salir de la casa para no atormentar con la impaciencia los sitios donde luego se inclinarían juntos sobre el brocal de la pasión antigua. La calle le ofreció sus generosas barcas, y por ella iba abriéndole sereno puerto a la emoción con el faro intermitente del cigarrillo.

La cálida llamada de un perfume, le hizo fijar la vista en una mujer que iba delante. Pero fué breve la contemplación, porque—

inesperada consecuencia—le asaltó, repentinamente, el pensamiento de cómo sería, en el presente que se le avecinaba, la figura de su amorosa viajera. Puso en marcha a toda prisa el motor de los recuerdos, pero no consiguió llevar su impulso más que hasta el límite, barrera infranqueable, de cinco años atrás; hasta el momento de la separación, que iniciaba un abismo difícil de llenar con los retratos. Difícil o imposible. Porque, habiéndolos tenido muchas veces delante de los ojos, no pudo acertar nunca con la proyección justa y elocuente. Era una película llena de cortes, sin alianza de elementos: la figura que en una de las partes se mostraba sentada, en actitud amable de visita, inmediatamente, sin la natural escala de transiciones, aparecía en pie, con un fondo de bosque. Actitudes sin movimiento, expresiones pasmadas, de balsa donde los lápices de la brisa no dibujan sus paralelas alegres, era algo ajeno a Isabel lo que aquellas imágenes de Isabel lograban. Ella, luz y sombra, estaba allí sin el más leve efecto de claroscuro. Ella, luz y sombra, estaba allí disuelta y apagada. Por esto, cada vez que al recordarla le asaltaba el deseo de bañar las pupilas en la fuente clara de su figura, los retratos se la fingían más remota de lo que estaba en realidad. Imprecisa, vaga. Sombra fugitiva, que le obligaba a un voluntario retroceso: a buscar en su memoria las estampas anteriores a la ausencia, estampas antiguas, pero en las que no aparecía aquella falsa Isabel de tarjeta postal.

Tres pasajes eran los que recordaba siempre con fijeza. Transparentes, diáfanos, le ofrecían a Isabel con la magia de un presente absoluto, sólo bajo luces distintas, que la vestían de diferentes modos. Isabel con traje blanco... (Se detuvo, al volver una es-

quina, admirado de la maestría con que el guardagujas celeste había lanzado su farol. Plenilunio. Vía franca. Detrás de los montes, en abierto campo, el rápido soltaría las riendas—confiado optimismo de la última etapa—a sus raudos caballos)... Isabel con traje blanco era centro de unas tardes ingenuas y deliciosas, sombra todavía de las trenzas largas y de los exámenes en el Instituto.—Presos en la azotea, sin más alas que el loco afán del alma en los ojos. Ellos gustaban de mirar juntos la primera estrella, alta y magnífica. Envidiaban entonces todo lo que el mundo había, que no estaba, como ellos dos, en la azotea. ¡Qué bien, poder saltar a la comba por el aire hasta el campanario, y del campanario al monte, y del monte a la estrella!—El veía entonces, sin saber de quién estaba ya más enamorado, si de la estrella o de Isabel, que en la sonrisa de ésta llegaba a compendiarse en aquellas horas toda la luz del mundo. La cercaba el misterio, coronándola, y las tardes parecían querer llevársela de la mano hacia sus blancos pueblos de las nubes. Pero levemente, Isabel sin tiempo y sin espacio, iniciaba caminos que comenzaron a recorrer alegres, de manera espontánea, acaso adormecidos o embriagados por el perfume de íntimas transiciones. Isabel con traje blanco, dorada ya al primer fuego, comenzó pronto a tejer dulcísimos paréntesis, en la calma de las siestas, con la pulpa de sus brazos desnudos. La luz ya iba tendiendo hacia los tonos cálidos: anaranjado, rojo. Isabel con traje rojo, llama trémula, vertical, mástil de lumbre, desafiadora de todos los vientos, de todos los besos, que la encendían más sin lograr abatirla. Los árboles jóvenes, los insectos y las aves jóvenes, las flores, las nubes y las aguas que habían aprendido a sumar aquella primavera, cantaban su lección alegremente:—¡Uno y uno, dos! ¡Uno y una, tres!—Y el sol (Isabel con traje rojo!) llevaba el compás con su batuta... Entre estas dos imágenes de ella, la memo-

ria, fiel, tendía su columpio. Y además de tenerlas así unidas, con su vaivén las obligaba a juntar las frentes en lo alto. No, Isabel con traje rojo, no había quemado su pureza. Quedaba latente la brasita; corazón, estrella íntima, rescoldo. Su temple, al crearse la última estampa, al decidirse la inevitable ausencia fué quien hizo sonreír a su palidez, asomada en la ventanilla del tren para despedirse. Era una tarde triste. Era Isabel con traje gris...

Esta figura de la última Isabel vista y besada, a la que sucedían innumerables páginas en blanco, sueltas, sin orden ni sentido porque ya su presencia no las redactaba, siempre le había producido, al evocarla, honda sensación de melancolía: melancolía perpendicular, desde el cenit, que lo cruzaba entero, como un eje. Y, sin embargo, ahora le llegaba con un rico equipaje de optimismo. Todas las maletas llenas, rebosantes, todas vertiéndole en el alma su jubiloso zumo, con sólo una frágil barrera de minutos por obstáculo.

...Llegó a la estación. En el andén, cuatro faroles pálidos, humildes, jugaban a las cuatro esquinas. El reloj tomaba el pulso de la noche, y unos vagones viejos se habían dormido, en fila, cogidos de la mano. Pero... ¡qué lenta la fluidez del tiempo! El lo sentía discurrir sin prisa, ajeno a sus vehemencias, pareciéndole que cada momento, al nacer, le hurtaba más, un poco más, su anhelado presente. ¿Dónde, todavía, Isabel viajera? ¿Cuándo, el ángulo recto de las nueve?—De improviso, flecha del mundo hacia su corazón, apareció a lo lejos—silbido agudo, en curva, dilatado—la masa del rápido, que llegó conteniendo sus ímpetus, plegando ya sus vientos, mientras los reflejos de los cuatro faroles del andén corrían a subirsele en los estribos. El también acudió. Infalible, directo. Y halló una Isabel nueva, más fragante que la de todos sus recuerdos, con el ansia en los ojos, en la voz, en los brazos...

J. Rodríguez Cánovas.

Cuatro poemas

RUEDA DE ABRIL

Un naranjal
y un toronjil
y una hojita de cristal
para la niña en abril.

Por mi cara, si su huerto
tiene una pared,
la niña del hortelano
la verá de papel.

A la puerta misma,
ya saca la malva
su olor en camisa.

Si miras al suelo,
nadie sabrá lo que quieres.

Mírale los cardenales:
mordida de tus dientes,
la ciruela me dice
que te bese.

Por mi amor, si el huerto
tiene pared
de amarga cal, a mi niña
le sabe a miel.

Al alegre nardo
y a la dalia de abril
les hago caso;
no has de llorar, mi niña
si en el pecho te paro
las mariposas alegres
de mis abrazos.

Llenaron su puerta toda,
mis amigos los naranjos
de pajaritos de boda.

Vente por el naranjal,
vente por el toronjil,
novia de fino cristal,
niña bonita de abril;

y veremos al demonio
comiendo perejil,
por el naranjal,
por el toronjil.

MIRA

Mira de la calle vana,
curiosa del horizonte;
en la mira, copla, ponte
tu vestido de campana.

Si te quitaron el pié,
es aire puro motivo,
corazón y en vuelta, vivo,
el aire si se te ve.

Y no quiera tu metal
a la rueda del palomo,
copla blanca, mira, como
el mirador de cristal.

Ni que la cigüeña cana
haga tu canto madera.
¡Sin Pasión la primavera!
¡Alegres, copla y campana!

VALERY LARBAUD

(CANCIÓN MILITAR)

Para la guerra de la China,
para la guerra del Japón,
ahora revista sus escuadras
papá Valery Larbaud.

Los soldados cómo le miran,
cómo le tiemblan de valor;
un general niño, le dice:
Papá Valery Larbaud,

cuando vayamos por la nieve,
cuando vayamos por el sol,
no se nos pierda tu mirada,
papá Valery Larbaud.

Cuando vayamos por la gloria
y el laurel se despierte en flor,
estará con sus soldaditos
papá Valery Larbaud.

Ya no nos vamos a la China,
ya no nos vamos al Japón,
los soldados de plomo lloran,
papá Valery Larbaud.

Quiere cortar el desaliento,
la arenga en verso le brotó.

¡Ay que pelígra tu cabeza,
papá Valery Larbaud!

Que el general niño subleva
toda tu linda guarnición,
y ya con sueño te fusilan,
papá Valery Larbaud.

A UN PINTOR

En la cerca del sumo privilegio
has nivelado, dulce, de la lisa
comunidad de tintas, el colegio
que manda el ojo y el pincel alisa.

Rector en tu parroquia, por la misa
del septimino de la luz, arpegio,
casaste mudo son y varia risa,
floricultor de tanto florilegio.

El espacio que cuadra tu manera,
o el solar presupuesto que convienes,
tus inquilinos gustos atempera.

Y el equipaje neto que diputas
a la materia, vuela por tus trenes
al intercambio de las siete rutas.

Alejandro Collantes de Terán.

Texto onírico

Viajero sagrado por los ríos lechosos, sin remos ni miosotis para acortar las distancias, cambié las monedas ayudado por Dios en dos alfanjes brillantes que me trajeron rodajas del hipopótamo verde recostado en las nubes ancladas en mi presencia. Los árboles venían a mi encuentro en dos filas simétricas con sus ramas peludas abiertas para estrecharme contra su corazón y exprimir hasta la última gota de vodka de las estrellas polares en el recipiente de mis cuencas vacías de ojos pero llenas de miradas. El ave del Paraíso quedó clavada en la veleta anónima que sostiene las cuatro direcciones de los Evangelios. Si a veces pregunto por la luna no es para pasear por el Sahara ni para saber en qué época quedarán preñadas todas las camellas. Habitudo a ver pirámides saltaba sobre las bayonetas sin apenas mirar, ni aun para despreciarlo, al sombrero de Napoleón; y cuando miraba los horizontes se iban alejando a medida que engrosaba mi cuerpo como una pompa de jabón hasta llegar a sustituir a la tierra y engañar al afilador haciéndole creer que su piedra asperón era carne de mi carne y que las estrellas que brotaban al roce del cuchillo se disolvían en mi sangre. La lentitud desgarró mis tejidos que van en una velocidad progresiva para alcanzar el punto destinado a su muerte y desde allí podrán enviarme sus últimas risas recién cortadas de los árboles en flor. Yo no

tengo la culpa de que exista un espejo y multiplique mis risas hasta conseguir una nevada que sepulte mis miembros y haga huir del Paraíso terrenal a la serpiente que todas las mañanas cuidaba de limpiar mis dientes y regalaba cada día un nuevo anillo a mi prometida antes de que partiera para descubrir su mundo engarzado a los anillos que brotaban de sus diez dedos. Perdida en un bosque de sicomoros exhalaba su último suspiro cuando un venablo lanzado por la angustia iluminó mi frente con la sangre roja que manaba de mi herida y pude llegar a tiempo de salvarla y de beber en todos los manantiales antes de agotarse y quedar convertida la tierra en una bola de tabaco que despedía un olor a incienso al ser quemada en mi dunhill. El humo que salía de mi pipa, trazó el itinerario recorrido por Phileas Fogg al dar la vuelta al mundo, sobre un cielo azul arrugado por las nubes que saltaban de la pecera colocada junto a mi mesa de trabajo. La heroína lloraba perlas rojas y no me daba las gracias cuando de cada pelo de mi cabeza comenzaron a salir bengalas multicolores.

José M.^a Hinojosa.

(Del libro *La Flor de California*.)

Dos prosas

GERÁNEOS

El surtidor, escape de tierra aventurera que se alza de un manantial antípoda, rinde su vertical obstinación a cada piso intransigente que le interpone la osamenta del mundo; diplomáticamente se curva, se estremece de espantos superpuestos siempre que, muy contiguos a la noche que mina, siente el frío sin voz de un mar de agua o la brama solemne—acompasado horror—de un mar de fuego; columna en marcha, vena que progresa creándose a sí misma, taladra la tiniebla consistente y acaba en arriate de mi patio.

Brusca sección en carne viva de un rumbo hacia la luz: oigo decir que tu voz es la parra, la yuca o el súbito latido del gusano. Pero cuando me asomo a tu mensaje, más peregrino, ¡cuánto más viajero! que el del pozo, lo que escucho es el sordo fragor de esa ordenada rabia que es tu vida, el crepitar de esa entusiasta, hirviente desesperación que te revuelve, pulso, no obstante, regular de unas paciencias gigantescas y mínimas, de un tráfico angustioso y puntual como la civilización del insecto. Y un cruzarse de aceros—de guiños—en tu pulpa, también lo percibo y un cuchicheo dándose con el codo igual al que se cambia entre los féretros en fila, de pie sobre el estante de la tienda.

¡Qué pabellón de ecos tu brocal no entendido! ¿Cómo silbó tu vuelo al traspasar ojivas de cal superviviente? ¿Qué silencio sin nombre te amenazó con la locura? ¿Qué

artillería pesada desfilaba de pronto, galopando al alcance de sus propios retumbos? ¿Qué choques de cristal producen los tesoros, al reunirse, frotándose las manos, para beber a la salud de nuestra ignorancia y su seguridad?

Parece que te basta con repetir lo verde y el perfume vivos a tu otro lado; pero, lúcido ante el extremo tuyo que me muestras, si te doy a mis ojos, alcanzo lo que tienes de lente poderosa; y si pongo mi mano en tu frescura, sé la frialdad con que la muerte cobra nueva vida y acaricio los labios de una vertiginosa confesión.

ALGUNOS ÁRBOLES

.....
Que cette plus pâle des lampes
Saisisse de marbre la nuit!

PAUL VALÉRY.

Un poco más y hubiese vuelto el rostro para ver al hombre que, a mi espalda, revolver en mano, ha gritado el *Hands up!* que detiene la vida como una lesión del proyector cinematográfico. Temo, no obstante, que algo se desvanezca, se realice, por virtud de mi signo de vida; ante tal inminencia de vivir—o recién cuajada suspensión de lo vivo?—no me aventuro a comprobar sospechas con la experiencia del menor movimiento. Mucho menos me arriesgo a mirar a la luna por miedo de aprender su gesto fascinante, de conocer su larga mano de niebla, su largo

dardo de limalla metálica, reflector enfocado con tacto de ciego que vá regando un /Alto/ seguro y silencioso, muy diestro su pulgar en modelar descansos decisivos con la provisional materia de reposo que le ofrece un dormido junto a los cristales.

Extático, pretendo convertir mi aguda percepción en una cierta sensibilidad que me desconoce: ilusión visual de la mirada fija en madera grabada,—¿blanco sobre negro? ¿brusco viceversa?—contemplando estos árboles no puedo ya saber si la savia enrojece o la sangre blanquea. Dos vísperas al rojo pían en un límite común insostenible; ese blando perfil anuncia la cadera como esa grupa dura pronostica el contorno vegetal.

¡Que prorrumpen en crisis los opuestos presagios! Cazadores salvajes reunidos en mimética quietud, espalda con espalda, ramas los brazos para sombra mortal del crédulo botín: hendid en cuatro cascos la supuesta unidad de ese olivo, restituyendo a la verdad sus palpitantes elementos. Álamo que no acabas de desnudarte junto al agua, plátano que presientes la carnación elástica del músculo: deshela el cristal de friso que os encanta y en un aire sonoro de agua con que se juega, revivid unas terribles risas en

lo oscuro o tended vuestros arcos para que silben flechas azuzadas por gritos y el blanco torrente fabuloso se despeñe tras la presa cuyo brinco miro petrificado en sauce, cuyos jarretes miro cuajados en raíces. Y tú, parra morena que pudieras llevar el nombre de Rocío, Salud o Soledad, rompe a bailar tu baile apasionado de cuerpecillo enjuto que ignora la pasión; Reyes de encantos indecisos, andaluza más fuerte que la Academia y la experiencia, muestra el origen de tu forma toda cintura y aptitudes de cintura, cumple al fin el abrazo de cuerpo entero que prometes mirándote en el pozo, las manos en el cuello, la pereza en tu vientre, la cadena en tus muslos, el misterio que pasa por tu eje quebrándote de espasmos animales.

Con súbito disparo de tobillos en salto hacía la sangre [que un chasquido final gane para la vida el forcejeo inmóvil de estas auroras coincidentes! O, enajenadas por la ducha de savia y de luna, que Reyes en la parra, castidad en el álamo y farsa en el olivo se entreguen para siempre, consigan para siempre su voluptuosidad cuajada y larga—cierto ya a nuestros ojos el paisaje que ha de sobrevivirlos.

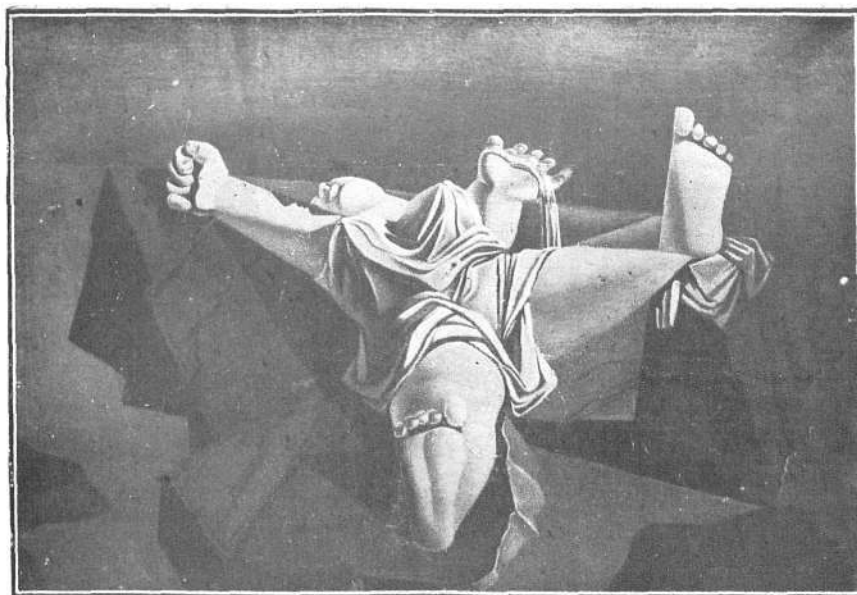
R. Porlán y Merlo.

ERRATAS EN EL PASADO NÚMERO

Dos se destacan, por más graves, entre las cometidas en el número IX de *MEDIODÍA*: una, la repetición en el primer poema de Miguel Pérez Ferrero de la siguiente estrofa:

—Blanco y azul. Blanco y verde.
Y los ojos muy abiertos
mirando a donde no importa.
—Dentro de mí a tu pañuelo.

repetición que no figura en el original. La otra afecta a las poesías de Manuel Gordillo, cuyo lector puede confundirse por lo reducido del blanco que separa el final del poema *Brújula* y el verso *El pez salta por el agua*, primero de otra composición sin título, independiente de la anterior.



Oleo de Salvador Dalí.

HOTEL MADRID

SEVILLA PALACE HOTEL

SEVILLA

Amontillado «Inocente»

A. R. Valdespino y H.^{NO}

JEREZ

Anís «Padre Benito»

Hijo de Viuda de Avila

CONSTANTINA

Representante exclusivo

Emilio Márquez Carmona

(Agente Comercial Colegiado)

Doña María Coronel, 12, bajo

SEVILLA

CAPITAL SOCIAL:
DIEZ MILLONES

AJURIA, S. A.

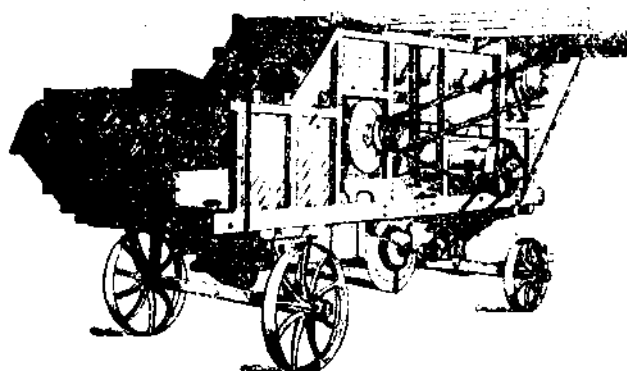
GRANDES FABRICAS
EN
VITORIA Y ARAYA

MAQUINARIA AGRÍCOLA VITORIA

34 SUCURSALES EN LAS PRINCIPALES REGIONES AGRICOLAS 34

PRIMERA Y ÚNICA CASA CONSTRUCTORA Y EXPORTADORA DE MAQUINARIA AGRÍCOLA EN ESPAÑA

TRILLADORA "AJURIA"



Es la primera marca nacional. Es tal el éxito de esta máquina que para la próxima campaña, tenemos en curso de fabricación TRES-CIENTAS trilladoras.

LABRADORES. *La Trilladora AJURIA supera en rendimiento y buen trabajo a las máquinas similares que puedan ofreceros, siendo su precio más económico por construirse en España e ir directamente del fabricante al consumidor.*

			Ancho del cilindro		RENDIMIENTO EN EL DÍA		
			Des- granador	Machacador			
Trilladora AJURIA n.º 0			0,55 m.	0,65 m.	40 a 80 fanegas trigo, según mieses		
id. id. n.º 1			0,70 m.	0,80 m.	60 a 100 id. id.		
id. id. n.º 2			1,10 m.	1,10 m.	125 a 250 id. id.		

SUCURSAL EN SEVILLA: RIOJA, 9

SUCURSALES: en Córdoba, Gran Capitán, 23

en Mérida: Cardero, 5 :-: en Granada: Gran Vía, 18

DEPÓSITOS EN

Huelva, Plaza de las Monjas, 2 :-: Jerez de la Frontera, Fermín Aranda, 27

Osuna, San Pedro, 31

LA TRINIDAD

FÁBRICA VIDRIO-CRISTALERA

Fernando Barón, S. en C.

Fabricación de Botellería
y frasería para licores, jarabes,
leche, aceite, perfumería, farmacia,
específicos, etc., y toda la diversi-
dad de artículos de medio cristal,
propios para Cafés, Restaurants,
Bares, &c., &c.

26, Avenida de Miraflores, 26

SEVILLA

una peseta